

EL JUICIO DE PINOCHET Y LA MITOLOGÍA DEL MAL*

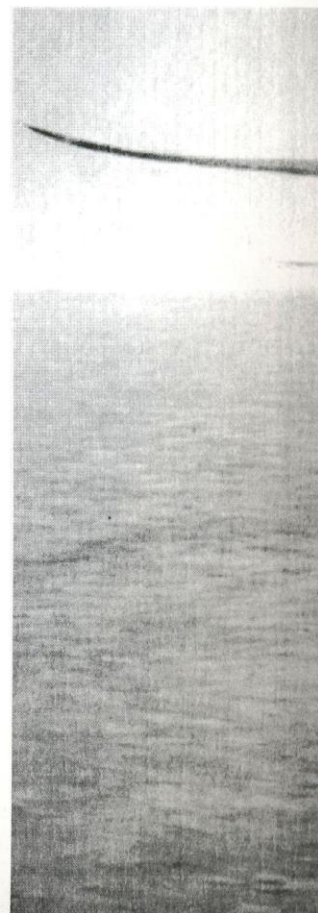
Un artículo del novelista mejicano Carlos Fuentes, publicado en *El País* de ayer (25-11-98), hacía de Pinochet un personaje shakespeariano, macabro y sanguinario, que, como Macbeth, ha de afrontar, insomne, el asedio de los fantasmas de sus víctimas. No pretendo, por mi parte, hacer de él un personaje mítico, sino utilizar algunos mitos del mal para mirar desde ellos su todavía hipotético enjuiciamiento.

1. *El mito del fin del mal.* Es el mito del *happy end* y podría aplicarse a dos momentos hipotéticos distintos del caso que nos ocupa. El primero cuando, finalmente, se celebre el juicio, Pinochet sea condenado y se cumpla la sentencia, como deseamos muchos. Es el momento en que se hará justicia a las víctimas. A las directas, objeto de detención ilegal, torturas, asesinato o exilio. Y a las indirectas: a las que han tenido que sufrir el sufrimiento de las primeras y mantenerlo como memoria viva de la injusticia cometida con ellas. Las mismas que aun sufren por la incertidumbre de si habrá o no un final efectivamente feliz: cuando Pinochet pague la deuda de justicia contraída con sus víctimas.

El segundo momento es más complejo. Algunos articulistas vieron ya en la detención de Pinochet, y lo siguen viendo hoy en el levantamiento de su inmunidad -cuanto más en el juicio y conde-

na, si llegaren- una contribución decisiva al progreso moral. Hoy, en la prensa, algunos hablan de que la sentencia de los lores afectará al derecho internacional, y otros se refieren a la imparable universalización y globalización de los derechos humanos. Pero este "avance" únicamente es significativo en la perspectiva de un final feliz total que, como saben los que creen saber de esto, tendrá lugar cuando exista una sociedad justa por todos lados, en la que todos sus miembros serán sujetos reales y no sólo virtuales de todos los derechos humanos, y en la que ningún derecho humano quedará sin ser reconocido de hecho.

Con todo, en el mito del *happy end* subsiste un foco de maldad irreductible: el caso de los muertos anteriores a la globalización del bien. Los dos finales felices que acabo de describir, ambos son para los vivos: el primero para los vivos de hoy, el segundo para los de mañana o pasado mañana. ¿Pero lo es igualmente para las víctimas de ayer y las víctimas de hoy? ¿Cómo se pagará a estas víctimas la deuda de justicia contraída con ellas? Las religiones tradicionales lo hacían con un juicio final a cargo de algún tipo de divinidad que "compensaba" en la otra vida las injusticias padecidas en ésta, pero aun así tampoco ponía fin al mal: ahí estaba el Infierno como perduración eterna del mal. Algo así tenemos que admitir los no creyentes: que el mito del final del mal no logra evi-





tar un agujero negro ético: una especie de infierno enigmático en el que el mal no parece tener fin.

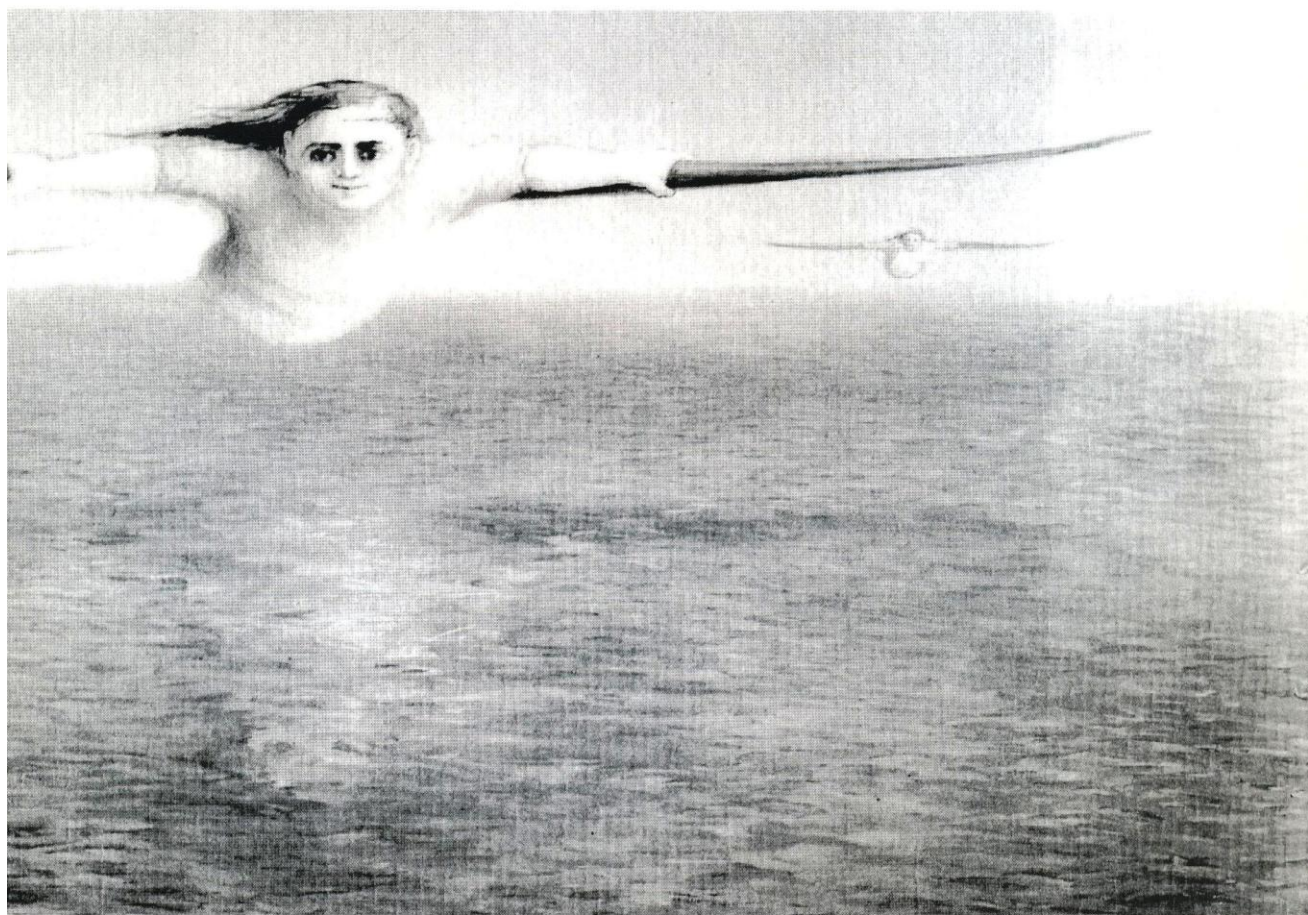
2. El *mito trágico* articula, precisamente, la inevitabilidad del mal, la opción simétricamente opuesta a la del *happy end*. Las actividades humanas, o no tienen un final o, si lo tienen, no es feliz. No tienen un final: pues todo final es, al mismo tiempo, el comienzo de otra cosa. Por ejemplo: un editorial de prensa plantea que el final -semifeliz- que es la sentencia de los lores, es, al mismo tiempo, el comienzo del segundo paso a dar por la justicia británica: la extradición. En la página siguiente, el escritor chileno Ariel Dorfman teme -y no es el único- que el juicio de Pinochet en algún país de Europa -nuestro final feliz- sea el comienzo de otra época de violencia militar en Chile: el final feliz se habría tornado en trágico.

Otra forma de tragedia era lo que H. Arendt denominó: la *banalidad* del mal, que hoy reaparece como *imposibilidad*

de juzgar a Pinochet. ¿Qué imposibilidad? La que representa la "racionalidad jurídico-burocrática", de la que también se hace lejano eco la prensa. Hasta ayer vivíamos esta imposibilidad como la inmunidad -impunidad- que una vieja ley británica concedía a los Jefes de Estado (a su Ricardo III después de haber asesinado a sus sobrinos, príncipes herederos, que hubieran reinado en lugar de él; y a Enrique VIII después de haber asesinado a siete esposas cuando ya no las deseaba). Hoy, no obstante, cuando Pinochet no es impune porque no merece ser inmune, la imposibilidad de su juicio adopta otra forma: la de la *legitimidad del juez*.

Hay bastante acuerdo en que el juez legítimo para encausar y sentenciar a Pinochet debería serlo, en rigor, de un Tribunal Penal Internacional, el único que tendría un alcance universal, cosmopolita. Como lo tuvieron los crímenes de Pinochet, al serlo contra los derechos humanos o "contra la humanidad". La senten-

cia pronunciada por el juez de este hipotético juez daría cumplimiento al mito del final feliz, pero este Tribunal lleva años en proceso de constitución y así parece que va a seguir en el futuro próximo. No podemos contar con él para este caso. A falta de ese Tribunal, en Europa admitimos que pueden existir otros dos tipos de juez legítimo, que pueden coincidir o no en la misma persona. El primero sería el juez que encausara a Pinochet, desde la legitimidad constitucional, en nombre de *todas* sus víctimas, incluidas las chilenas, pues todas eran seres humanos, titulares de los derechos en los que se inspira la legalidad democrática. Por ejemplo el juez Garzón. El segundo sería el juez que procesara al general de las gafas negras en nombre de las víctimas de su país de pertenencia: España, -a donde puede ser extraditado-, Francia, Suiza, Suecia, la misma Inglaterra, y hasta en Estados Unidos. Existen los precedentes del juicio de los nazis Eichman y Barbie, en





Jerusalén y Lyon, respectivamente, por su participación en crímenes contra judíos en general y contra judíos franceses en particular.

Esta imposibilidad efectivamente real de juzgar a Pinochet es lo que nos aleja del mito del fin del mal y nos acerca a la mitología trágica. Según una de sus versiones, "cuando creemos dominar la violencia, es la violencia la que acaba dominándonos a nosotros al envolvernos a todos, a nuestro pesar, en su propio torbellino" (R. Girard, *La violencia y lo sagrado*). El mito trágico es, también, el mito de la impotencia del justo/inocente ante la violencia del poder o el poder de la violencia. Impotencia de separarse de ella, de desidentificar a los seres humanos -nosotros- de su identificación correosa, ilegítima o legítima, no querida pero real, con ella.

3. *El mito maniqueo*. Esta entremezcla de humanidad y violencia -de humanidad e inhumanidad- en que consiste la entremezcla de mito trágico, convoca, por implicación contraria, otro de los mitos que forman parte de nuestra señas de identidad ética: el maniqueo. Este mito cuenta la historia de dos principios morales, el bien y el mal, como si fueran dos realidades metafísicas rigurosamente separadas una de la otra, sin posibilidad de entremezclarse: el bien queda a un lado y el mal a otro de una línea imaginaria que los separa y, con ellos, a los malos como Pinochet, de los buenos como nosotros. Este mito es el que hace posible el del fin del mal. Si el mal no estuviera rigurosamente separado del bien -en el concepto y en la realidad- éste jamás podría triunfar sobre aquél en el escenario del final feliz.

Por otro lado, no obstante, el mito trágico cancela este perfecto binarismo maniqueo, al convocar la presencia de un poder -social y psicológico, político y jurídico, mecánico y discursivo- que, lejos de situarse frente a nosotros, nos constituye como un destino (M. Foucault). Efecto de esta cancelación es la borrada de la línea imaginaria que separa nítidamente el mal y el bien y, última consecuencia, la sustitución de la distinción binaria entre ambos por su *entre-mezcla*.

4. *El mito del pharmakeus*. Uno de los nombres que esta mezcla trágica recibe en la mitología griega es el de *hybris*: ambivalencia o ambigüedad. Estas dos palabras comparten una pésima connotación ética y política -quizá a causa de nuestra iden-

tificación con el mito maniqueo- y, sin embargo, son las que nombran la identidad moral de los héroes trágicos, héroes morales. Al desidentificarse a sí mismos del común de los mortales para identificarse con los dioses, se quedaron a medio camino: entre la inocencia de la creación o instauración (divina) de nuevas constelaciones morales, y la maldad de transgresión (humana) a las normas morales preestablecidas.

La ambivalencia constituye la ecología moral del *pharmakeus* -cuyo rescate debemos a Derrida- el que administra el *pharmakos*, una sustancia que funciona, a la vez, como remedio y como veneno, extraña identidad de lo meléfico y lo benéfico. Esta identificación únicamente puede ser desidentificada mediante un acto de violencia, aunque sólo sea una violencia semántica o metafísica: la que acaso dio existencia al mito maniqueo. Ahora bien: ¿dónde podemos advertir, en el juicio de Pinochet, la presencia de esta mitología de la mezcla, la *hybris* y la ambivalencia, que hacen que una misma cosa sea, a la vez, remedio y veneno o veneno y remedio? En el mismo Pinochet, en Chile y en nosotros mismos.

Pinochet no sólo habría sido un asesino y un criminal que abolió por la violencia la democracia, sino que también colaboró, después, en la transición pacífica hacia ella, lo que le diferencia -para bien- de otros dictadores. El convocó elecciones y respetó su resultado, si bien con las restricciones que todos sabemos y que dejaron de serlo (o pueden dejar de serlo) en Londres. Sería la realidad de esta transición la que pone ante nuestros ojos ese lado benéfico de Pinochet, pese a nuestra habituación a mirarlo únicamente por el maléfico (cfr. el artículo de J. Edwards). En segundo lugar Chile. No sólo fue el escenario de crímenes bárbaros contra los derechos humanos que merecen ser juzgados como tales -allí o aquí: es lo que está en cuestión-. También es el solar de una transición a la democracia tan digna de respeto como la española, la sudafricana, la argentina, la polaca, la rusa, etc. (de hecho la Comisión de la Verdad sudafricana, que investigó los crímenes cometidos -de un lado y otro- durante el *apartheid* se habría inspirado en su homónima chilena). Por eso creen algunos que Pinochet únicamente debe ser juzgado en el contexto de la transición chilena.

En tercer lugar nosotros: muchos europeos de España, Francia, Italia, Suiza, Suecia, Inglaterra, etc. Un juicio en cualquiera de estos países -que ya se ha producido, de hecho, como juicio moral en gran parte de su opinión pública- es visto como una aplicación de los principios abstractos de los derechos humanos a un caso concreto de violación flagrante: una restauración de la justicia. Por otro lado, en cambio, ese juicio hipotético también puede ser visto: como una continuación del "colonialismo moral" del que comenzaron a hacer gala los españoles en América, Chile incluido, en la misma línea de la defensa moral de la actuación colonial de los españoles en Méjico, que Ginés de Sepúlveda esgrimía frente al P. Las Casas (que, dicho sea de paso, también creía en la inferioridad moral de los indios frente a los cristianos españoles); como la inauguración de una "justicia *cow-boy*", mediante la cual un estado o un grupo de estados poderosos meten su nariz jurídica en otro estado generalmente más débil (*Le Monde*, Sábado, 21-11-98, 2ª p.); como un acto rutinario de nuestra hipocresía estructural: esa doble moral por la que nos movilizamos para que sea juzgado Pinochet, pero nos quedamos quietos como muertos morales ante los crímenes más recientes de Milosevic, en parte de Fidel Castro, y, desde luego, ya nos hemos olvidado de G. Bush que encabezó el entierro de 200.000 iraquíes vivos en la "Tormenta del desierto". Como nos estamos olvidando de Clinton que, con o sin la estrecha colaboración de la Lewinski, está matando a la parte más débil de la población iraquí, mediante un embargo políticamente bastante inútil, que dura casi diez años.

5. *Conclusión*. ¿Con cuál de estos cuatro mitos o con qué mezcla de los cuatro nos *identificamos*? ¿Quiénes somos *nosotros*?

*Texto presentado en una de las Tertulias del Ateneo de La Laguna, el día 24/11/98, el mismo en el que los primeros cinco jueces lores ingleses negaron la inmunidad a Pinochet. Desde entonces han cambiado algunas cosas: la sentencia de los lores fue anulada por otros lores y Clinton -a quien se menciona en el texto- ha bombardeado Irak. Aun así he preferido mantenerlo en la perspectiva de ese día.